

Hernán Marina. Naturaleza moderna

15 de marzo – 23 de mayo, 2023

La posibilidad de un jardín

En un poema del año 1992, Diana Bellesi narra la construcción de su jardín personal como quien hace los gestos correctos en el lugar errado. Errado, dice ella, no de error, sino de lugar otro, "como hablar con el reflejo del espejo y no con quien se mira en él". Un jardín para dialogar allí, dice, codo a codo con la belleza, "con la siempre muda pero activa muerte trabajando en el corazón". El jardín, ese espacio que a veces se abre al borde del mundo, propone ante todo, como condición de posibilidad, la suspensión de cualquier tarea que no se concentre en la precisa coreografía del cuidado. Investigación, disciplina, silencio, entre otras formas apacibles del trabajo, se convierten en las variables que dan forma a la intimidad de esta heterotopía. Un tipo específico de espacio que tiene dentro de sí poderes, fuerzas, ideas, regularidades o discontinuidades, que tranquilamente podríamos clasificar pero que en su conjunto ofrecen una misma gracia: ser dueños de su propia lógica.

Como un espacio otro, como un territorio de lo diferente, el jardín realiza lo utópico a través de la atenta pasión por el gesto pequeño. Revolver la tierra, medir el impacto del sol, proporcionar agua, celebrar lo que nace y despedir aquello que seco se rinde ante el tiempo. Un lugar fuera de lugar, decía Michael Foucault acerca de estas arquitecturas de la potencia. Escenarios de tránsito, recovecos urbanos, o bien, tierras artificialmente moduladas para el reposo, que de forma inaudita, bajo la inocencia de su fuerza latente, prometen la suspensión de lo normal, torcer el curso de lo mismo, abrirse como un túnel de la razón y así preguntar por el tiempo del no hacer lo que se espera, lo que se debe, lo que se ha imaginado como posible, o paradójicamente, lo que se siente natural. Tener un jardín, remata Bellesi, es dejarse tener por él. Es decir, diluirse en la forma de ese no-espacio. Perder el rostro, el cuerpo y la noción de sí, de esta manera, se instituye como punto de partida para acceder al misterio absurdo que se revela en ser esa otredad del tiempo, ese amor por el presente que se reclama en diferencia. Un espacio fértil, conflictivo, incontrolable, que cuando es escuchado desde la humildad paciente que inspira y demanda su contemplación, no habla más que del precioso detalle de las formas subestimadas, de la belleza repetitiva de la vida considerada no inteligente, de la renuncia a la velocidad del sentido, de todo y de nada en particular, porque en la intensidad vital de la experiencia sin demanda, es imposible darle lugar al egoísmo de la separación.

Naturaleza moderna, la exhibición actual de Hernán Marina, abraza la exigencia dócil de este arduo trabajo que implica el cultivo, la recuperación y la escucha hospitalaria que ofrece la práctica del retiro, del encierro y la renuncia voluntaria a los significados complejos que la posibilidad de un jardín necesita. En el conjunto de pinturas de gran tamaño que componen la muestra, Marina crea un relato no lineal, más bien destellante y espontáneo, de momentos de intensidad accidental, de belleza autónoma y de inmersión subjetiva en la cotidianidad de quien crea un parque a su medida: para escapar del tiempo, para descansar de la historia o clausurar, momentáneamente, la operatividad del significado a través de las líneas zigzagueantes e imprecisas de una verde nevadura.

A través de la observación detenida de estos detalles orgánicos que se expanden sobre sus lienzos, que oscilan entre primeros planos de flores radiantes, visitas inesperadas de coloridos insectos y aromas naturales que envuelven todo eso nuevo que crece, Marina actúa la suavidad radical de un cambio, con el ritmo de su propio pulso. Narra con la caprichosa libertad del diario íntimo, que algo distinto pide tomar forma, que algo parece haberse ido, pero que, incluso ante la irrupción urgente de este deseo por dejar atrás, *todavía es después*. Un duelo vital de sí mismo que condensa la energía de una despedida colectiva. Una forma de repliegue de lo humano que no sólo cuenta una historia que podríamos conjeturar como personal, sino que encarna la pregunta mayúscula de una época en crisis con su propio futuro.

Esta posición ambivalente que hace Marina en su retorno a la pintura, se ofrece como un método para la convivencia no conflictiva entre lo que no encuentra síntesis, que en su largo camino como artista ha sabido cultivar como una particular forma de suspensión erótica en la conservación de pulsiones contradictorias. Si a través de sus reconocidas figuras huecas, en las que gimnastas, colosos, trabajadores o practicantes de sadomasoquismo, eran capturados de manera ascética y analítica en puntos de máxima tensión física, Marina propone un acercamiento extraño a la potencia del cuerpo, al estudio de sus formas y a la intimidad de las coreografías sociales desde las cuales los sujetos se realizan, se conectan y funcionan en un común, en *Naturaleza moderna* da continuidad a esa operación escribiendo en una dirección contraria o superadora a la instrumentalidad redentora del contenido, a la transparencia del análisis y a la velocidad de los significados sociales. Descendiendo el foco de sus reflexiones sobre el trabajo, el rendimiento, la técnica industrial y la materialidad de las culturas proyectuales, Marina reemplaza el análisis de la mecánica social por el aprendizaje que brota de la suspensión, de lo inactivo, de lo que descansa, se rinde y se permite ser completamente tomado por lo natural.

La atención por lo humano y sus capacidades, entonces, se ve recortada en esta serie de pinturas por la experiencia emocionante de la espera, del silencio, por la suficiencia del detalle. Allí, la delicada belleza de las plantas se impone como una escuela contra el ego, desdibujando el imperativo de la identidad para ofrecer la suavidad rugosa de sus texturas; interrumpiendo la verdad del cuerpo para iluminar el espacio desde la complejidad subestimada de lo monocromático; y alterando el ascetismo blanco de la metafísica espacial por la gratitud de un cielo que muta gradualmente en su espesor, graficando el presente de lo que vive.

Es así como en la sencillez de este jardín, Marina expone, no sólo una microfísica del largo conflicto entre naturaleza y modernidad, entre lo que vive sin autoridad y aquello que intenta controlarlo, sino que se arriesga asimismo a pronunciar la longevidad de esta paradoja, desde la intensidad vital de una agencia suspendida, desde el esplendor de lo contemplativo y desde un retorno a la inacción, es decir, una vuelta irremediable a la experiencia, sin la presión del acontecimiento, del propósito o de la conjetura. Una oportunidad estimulante que nos recuerda que cuando fijamos la atención en lo inmediato, lo próximo y lo pequeño, brota una conciencia profunda de la materialidad del mundo, y con ella, la urgencia por reconciliarnos como parte indivisible de él.

Nicolás Cuello

Archivista, historiador del arte y curador independiente